



Estáta ecuestre de Pedro el Grande.

LA ILUSTRACION.

Esta revista de actualidad ilustrada, entra con el año de 1836, en el octavo año de su existencia: vencidas las dificultades consiguientes á una publicación semejante, y regularizada su marcha, LA ILUSTRACION se prepara á introducir grandes mejoras, así en sus magníficas láminas, cuya colección no tiene rival en España, por el número, por el tamaño y por la ejecución, como en el texto abundante y variado.

LA ILUSTRACION dará en el año entrante numerosos grabados españoles, consignando todos los sucesos importantes del interior y multitud de artículos originales firmados por nuestros primeros escritores. Los primeros números del año entrante, hablarán por nosotros mas que los del actual, y que sin embargo son el mejor prospecto de nuestro periódico.

LA ILUSTRACION, LAS NOVEDADES combinadas, tienen reunidas menos precio que el de un solo periódico político de grandes dimensiones.

UN PARAISO CONTEMPORÁNEO.

Hoy que llama tanto la atención todo lo que se refiere á la California y á los países cuya constitucion social está modificando tan rápidamente el descubrimiento de aquellos vastos depósitos de oro, creemos que serán leídos con interés los siguientes pormenores auténticos de un pedazo del territorio americano que fué en otra época posesion de España, y donde, con nuestra religion y nuestra lengua, se conservan costumbres que son nuestras también, aunque singularmente doble-

gadas á la influencia del clima y de las circunstancias especiales del territorio.

Muy cerca de la playa oriental del Pacífico existe una isla pequeña llamada Taboga que parece realizar la fábula del jardin de las Hespérides. Es un verdadero paraíso terrenal; y sus habitantes son tan felices y tan inocentes, á lo menos en apariencia, como la pareja origen de nuestra raza. Por desgracia en este paraíso contemporáneo, la fruta prohibida se halla ya madura y no tardará en ser cogida; la antigua serpiente levanta ya la cabeza; y dentro de un par de años probablemente este Eden del mundo moderno se convertirá en camino real del comercio, y el pequeño pueblo que le sirve de capital, se verá transformado en un puerto de mar sucio, repugnante, teatro de la embriaguez, del desorden, de los excesos que traen consigo los que van á buscar el oro de las Californias. Este es su destino, y no por culpa de la corrupcion de sus habitantes, ni por su sed de ganancias, porque en realidad, siendo, como lo son, muy felices, no se tomarian el trabajo de aspirar á ser ricos si les fuese licito evitarlo. Pero Taboga se encuentra en medio del cauce de esa inundacion mercantil que vamos á ver precipitarse de uno á otro océano: su posicion geográfica le ha marcado su destino, y en cuanto esté concluido el ferro-carril de Panamá, los productos del Oriente y del Sur, se cruzarán en sus puertos con los del mundo occidental. Conviene, pues, describir á Taboga y á sus habitantes con el aspecto que presentan en este año tan preñado de grandes cosas, y hacer el retrato de este paraíso momentos antes que deje de existir.

Digamos sin embargo, por via de prólogo, que la transformacion no ha de verificarse con la rapidéz que un cambio de escena en una comedia de magia, puesto que ya se han visto algunos de sus preparativos; ya se ha visto flotar en su tranquilo puerto uno que otro casco

siempre limitada. Buena Juana es una escocesa que nadie sabe cómo ha ido á parar á aquella región desde las ásperas y áridas breñas de su país natal. Es leñada y admira al punto al toro, por el marida y en general por todos los reses. Se distrae en el arte médico se considera más como cura sobrenatural. Ni un ángulo de su cara ha sido reconocido, el suavizado un acatado de su voz por la benigna influencia del clima. Le gusta el desaseo tanto como si no hubiese salido jamás de entre las montañas que la vieron nacer. Acurrada en su chaza, la más baja, la más sucia del pueblo, rodeada de botellas y papeles sucios, que contienen drogas nada limpias, parece en realidad una bruja. Por este retrato se conocerá que, bajo el punto de vista artístico, doña Juana es indispensable en esta agradable región de indulgencia, de calma y de sueño.

Toboga puede considerarse como el puerto de Panamá, que no tiene fondeadero seguro y al cual no pueden acercarse buques de mucho porte. Como Toboga tiene un fondeadero magnífico, uno de los mejores del mundo y que parece una hermosa obra de colosales trabajos humanos, inútil es decir lo que será de la tranquilidad de la isla cuando con el ferrocarril pase por el istmo de Panamá el comercio del mundo entero. El paraíso que nos hemos complacido en describir con sus verdaderos colores, será entonces un *paraíso perdido*, á quien deseamos por cantar, porque lo merecía, un nuevo Milton.

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

(Continúa.)

Las modas sajonas siguieron usándose mucho tiempo sin sufrir modificaciones, como sucede siempre en naciones pobres y austeras. Bajo este aspecto se diferenciaban también muy poco los normandos, cuando desembarcaron del pueblo que acababan de conquistar. También se notaba en sus vestidos, en mismo que en los de los sajones, el reflejo de las tradiciones romanas; pero iba á inaugurarse una nueva era en que fueron muy rápidos los progresos de lujo, y en la que subió de punto el espíritu de invención, hasta trocar poco á poco el aspecto de las dos razas, lentamente amalgamadas.

Para formarse una idea de todos los caprichos que invadieron paso á paso este lujo mal dirigido, todavía es preciso leer las vehe- mentes sátiras que contra él se escribieron.

Mientras subsistió feudal, hubo en cada país de Europa dos clases enteramente distintas y separadas por un insuperable abismo: el refinamiento de la elegancia y los caprichos del traje pertenecían exclusivamente á la clase que disfrutaba todas las riquezas, la ociosidad y los institutos de pompa; y la clase media, como más pobre, más modesta, más fiel á sus tradiciones, se opuso mucho tiempo á las innovaciones costosas, y se limitó á imitar de cuando en cuando algunos adornos económicos y los caprichos ó superfluidades de escaso valor y de indispensable comodidad. Los aldeanos apenas participan en el día del movimiento que les transmiten las clases más acomodadas después de haberlo recibido de las de elevada esfera, las cuales disfrutaban por mucho tiempo la iniciativa; de manera, que el labrador del siglo XVI vestía con poca diferencia como en tiempo de los sajones. Los normandos empero, y en especial sus compañeros, habían innovado de un modo muy notable el grande é interesante arte del adorno individual.

Señala esta nueva era la invención de los corsés, con la cual forma M. Vairholt un punto de partida, una especie de égirs, indica desde ésta solemnemente las alteraciones sucesivas que experimentó el traje de las damas, como por ejemplo, las de las mangas, que prolongándose de día en día llegaron hasta el puño, y siguiendo su progresivo movimiento se fueron haciendo más abajo que el mismo vestido, y se llegaron á hacer de diferente tela y de otro color que el resto del traje. No se paró hasta ajustar proporcionalmente el cuerpo con el vestido para dar una brillo y realce á las proporciones y relieves del tallé. Bemus vistió una caricatura de la época (*Cotton Collection*, Nero, c. 4), que nos muestra á Cristo vestido por Satanás, el cual va vestido con el traje de una hermosa dama. Su tallé está admirablemente ajustado; y se estrecha toda vía más con los esfuerzos de los cordones que le apristan; sus mangas desmesuradamente largas están atadas sobre los brazos de ésta estrecha cintura, y su saya, abierta por la cadera derecha, se abotona también en torno de sus pies. Las damas normandas habían dejado crecer sus cabellos imitando á sus señores y esposos, y formaban con ellos hermosas trenzas que llegaban algunas veces hasta los pies; por lo regular las ataban á la altura de los caderas, y tal vez desde esta parte de numerosas rizos; mezclaban entre ellas pedruzcos preciosos de diversos colores, y algunas veces los ornaban en fundas de seda.

El traje angio-normando se hizo mucho más rico y variado durante el reinado de Enrique II, y desde esta época se distinguen y nombran con más exactitud los cambios de la moda, pues tan llegado hasta nuestros días las costumbres de trono con que se adornaban los monumentos funerarios, á pesar de las modificaciones de los iconoclastas, protestantes ó republicanos. Desde el rey Juan las modas redujeron de un modo sorprendente el carácter político de cada reinado. Fue en trivales y alegres en el reinado del débil Enrique III; más sencillas y severas en el del débil Ricardo I, y degeneraron en extravagantes mientras su hijo gobernó tan loco y desatentadamente el reino. Apenas fueron bastantes el hambre, la peste y todos los desastres públicos que afligieron el reinado de Eduardo III para contener los antojos escoceses que se habían acostumbrado sus vasallos, y que volvieron á aparecer con una especie de furor en el de Ricardo II y aumentaron la caída de la dinastía.

Hemos hallado en los escritos de un mozo desconocido el exceso de vanidad que podían las damas de los tiempos de Eduardo I en llevar más larga que todas las demás la cola de sus vestidos.

Ha oído hablar, dice este sencillo religioso, de una mujer orgullosa que llevaba un vestido blanco de tan desmesurada longitud, que le arrastraba hasta levantar el polvo de los templos. Cierta día al salir de uno de ellos tuvo que tirar tan largo cojete para atravesar una bolsa de la calle, y un seño-hombre que se hallaba en aquel sitio vió un demonio que se estremaba de risa. Habiéndole preguntado por qué se reía de aquel modo, el diablo le respondió con estas palabras: «Se hallaba sentado sobre la cola de esa mujer uno de mis camaradas, sirviéndose de ella como de un carro que le conducía; pero cuando la ha levantado de pronto, el infeliz ha caído de espaldas y se ha quebrado con el tierno todo su cuerpo. Esta ocurrencia es lo que me hace reír con tanto gusto.»

M. Fairholt cita otra historia donde se ve cómo recibían las gentes sensatas las nuevas modas que se querían introducir en Inglaterra al terminar el reinado de Eduardo III, entre otras la del traje que acababa de ser imitado de Alemania.

Los hermanos, llamados el uno sir Raoul y el otro sir Pedro de Luge, se vanagloriaban de reprimirse en todas las cosas contrarias al decoro.

Un día asistió sir Pedro á un gran banquete, adonde llegó antes de haber tomado nadie asiento en la mesa, un jóven escudero que saludó á los convidados. Llevaba éste un raro sayo á la moda alemana, y alérvandose de esta suerte hacía los caballeros y las damas, hacia respetadas reverencias. Cuando le vió sir Pedro, le llamó en alta voz delante de todos los circunstantes y le preguntó dónde tenía su voz, (codyle, fiddle) ó su rabel (trible) ó el instrumento de que se sirviera como juglar. «Señor, respondió el escudero, ninguno de esos instrumentos pertenece á mi carrera ni á mi ciencia.—Sir, replicó el caballero, no me es posible dar crédito á lo que acabáis de decir, pues vuestro arreo y vuestro traje son propios de un verdadero trovador: Yo he conocido á todos vuestros antepasados los caballeros y escuderos de vuestro linaje, que eran valientes y esforzados; pero no he visto á ninguno tan extravagantemente disfrazado ni con el traje que os cubre.» El escudero respondió entonces al caballero diciendo: Sir, si os disgusta mi vestido, pronto voy á despojarme de él.» Y llamó á un page á quien entregó su sayo, poniéndose en su lugar otro traje, y toda la concurrencia aplaudió tan á cordata similitud.

El traje de los hombres aumentó en riqueza y refinamiento de un modo muy notable desde el fin del reinado de Ricardo II hasta el de Enrique V. J. Se necesitaría el auxilio del grabado para describirlos con los vestidos y las mangas de encaje que usaban los elegantes de aquella época. Apenas podría hacerse notar una débil reacción hacia la sencillez de los trajes durante el reinado de Enrique V, y esta reacción fué seguida en el de Eduardo III de un desbordamiento en vestido opuesto. Todo el siglo XV tuvo un carácter uniforme de fantasmagoría exterior y de suntuosidad. El lujo invadido hasta los mismos sirvientes.

Océleva compuso sobre este asunto un poema satírico, donde se desenrolla contra el orgullo de los críados, la insolente riqueza de sus vestidos, su desseo en llevar mantos de escarlata de doce varas de longitud, con mangas que barren el suelo, y que están forradas por encima de las puños con piel que vale más de 20 libras; el buen poeta pregunta cómo podrían defender á su señoresi fuese acometido repetitivamente, yendo vestidos de aquel modo, y siendo así que sus brazos tienen bastante trabajo con sostener unas mangas tan desmesuradas.

«¿Por qué se podían hacer las mujeres,» continúa amargamente el poeta; y preguntándose en seguida para qué pueden servir semejantes críados, añade por encontrar su verdadera y única utilidad: «No habrá ya necesidad de escobas para barrer el suelo de las salas, porque bastarán para quitarlo, ya esté húmedo, y seco, las mangas flotantes de esos insolentes y desvergonzados lacayos.

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADRINO NÚMEN.

(Conclusión.)

En sustancia, todo esto no es más que una broma, último vestigio de una fábala que renace todas las años por la propensión de los niños á todo lo que parece maravilloso. Algunos periclitamos condénan estas costumbres lo mismo que los cuentos de las brujas; pero la tradición prevalece sobre la severidad del buen sentido, y lo que se hizo en tiempos inmemoriales en las familias, se continuará practicando todavía por muchos siglos.

No obstante, bajo la idea de este juguete tan decretado por los niños, se encubre un antiguo germen de superstición, imperdonable por lo que respecta á los adultos. En el departamento del Aín, principalmente en la comarca de Ger, las jóvenes van al amanecer á la cocina para recoger las cenizas, que saben encontrar en otra parte, sino para observar el piso del hogar. Según la disposición en que se halla la ceniza, amontonada, extendida, desparrajada ó en forma de círculo, se pronostica un nacimiento, un matrimonio, una muerte. Este círculo que cae por la chimenea durante la noche, no parece dejar duda en las viejas, al paso que se ríen de la credulidad de sus pequeños nietos. Con razón puede decirse en este caso: *Nadie se burle de sus semejantes*.

Dos jóvenes bresanos, bachilleres nuevos, desembarcados de Pólit y Curiafond, vivían en París en la mas estrecha comunidad de ambición, estudio y miseria. El uno pretendía salir al presidente Favre, y el otro enviaba á Bichal. Un antiguo cocinero de Pont-de-Veyle, que pasó á jefe ó mayordomo de la casa del príncipe Ghe, les había proporcionado en las habitaciones de familia del vasto palacio de su amo, cerca del tejado, un maistimo desvan amuchado de mala manera; y un ajuste muy módico aseguraba á los estudiantes una buena porción de las sobras de la mesa del príncipe; vivían bien, sus comidas eran muy arregladas; pero no se juntaban nunca. Esta compañía, consolidada por la amistad, hacia meaos dolorosa la escasez permanente de dinero.

Una noche, víspera de año nuevo, habían trabajado hasta muy tarde; el aire cortaba la epidermis, y los dos compañeros, inseparables, para evitar la corriente, que mucho les molestaba, habían trasfornado sus dos inmensos cofres vacíos en una especie de barraca ó garita, en la que estaban algo mas resguardados, pero cometieron la torpeza de acurrucarse delante de la chimenea, porque calentaba frecuentemente desde que se quemó el último pedazo de madera del haz de leña postrero, y hasta la vela agnizaba. Cada cual en su garita se soplabá las yemas de los dedos; el futuro médico silbaba como un toro, fuas al fin prorumpió. — ¡Qué suerte tan perversa es la nuestra! Alojados como peones de albañil, alimentados de restos como lacayos, estamos en vísperas del día primero de Enero, condenados á las estrechas torzosas, sin recompensa y sin nada en el bolsillo... El amigo de este descontento, que estaba dotado de una gran resignación, profesaba, para el mejor servicio de la comunidad, una porción de ropas consoladoras — á nuestra edad, el nuestro Ampère, dijo, ¿no tenís un cuarto ni una blanca, y no sabís nada! Así, pues, nosotros le aventajamos. J. J. Gall, el primer helénista de nuestra época, que poseé á esta fecha veinte mil francos de renta, ha sido alternativamente portinero y criado. Menos exigente que nosotros, se consideraba muy dichoso en recibir en el hospicio Montaigne las sobras de judías y lentejas, que fueron su alimento hasta la edad de diez y seis años, y entonces pasó á mozo mandadero de un director de colegio de París. Este hombre honrado, habiendo conocido las disposiciones extraordinarias de su criado para la lengua griega, le hizo pasar de la antecala á los escaños de la cátedra. Lo demás tú lo sabes, y estos por menores hasta ahora inéditos, respondo de que son verídicos. — Todo eso es excelente y bueno, querido optimista, pero no remedia las necesidades de mañana: por mi parte no sé á qué santo encomendarme, y me parece que Dios y el diablo se han vuelto sordos, por lo menos con respecto á nuestras súplicas.

— ¡Juro, hipó, todo lo has perdido, todo! hasta la religiosidad de la memoria. El año que concluye ya no existe; el que viene no ha llegado todavía: están dando las doce: en este momento sube al cielo nuestro viejo amigo el Padrino Númen. — Por Dios, que tienes razón... ¿Si yo le invocara?... — Si tú le invocas, alargo mi gorra sin miedo de que se quemé, porque el hogar está helado como la tumba; y por mi parte no pretendo más que veinticinco luises de oro.

El estudiante de medicina hizo con sus manos una cocina, y arrojado delante de la boca de la chimenea, gritó: *Buen día y mejor año, gentil Padrino, Padrino Númen, dones abundantes á los serafines creyentes!*... La brisa sólo respondió. El estudiante de derecho

colocó respetosamente su gorra sobre los marfillos, y habiéndose concluido la vela, los dos pobres bresanos retrocedieron á tantas veces sus miserias hámicas, para conciliar el sueño con el ruido lejano de las alboradas militares.

Al día siguiente, no recordando la invocación de la noche, el más vigilante de los dos amigos fué en la gorra al levantarse... ¡ociedad qué!... una grande esponja: cogióla, examinóla, escudriñóla á su compañero, fué lo bastante para valebrar el año nuevo con un dúo jovial de cartajadas. — ¡Regalo singular! nada de falta, ¿no, ni la carta de remisión. — En efecto, en el centro de la esponja había una cortadura, y en ella estaba colocado un pequeño cañño de papel; era precisamente lo que llaman los ingleses un check, que habia sido cortado de un libro de billetes de banco, y en su canto y en la filigrana se veía impreso el nombre de Santiago Lafitte. Desde el Cént de 1.º de Enero de 18... recibido de M. Santiago Lafitte la suma de mil francos en dos cartuchos de veinticinco luises. — ¡Broma! — el Padrino Númen. Un poco mas abajo: — el portador. — ¡Qué diablos es esto! dijo el año. — Una broma, respondió el otro; estamos mistificados: sin duda alguno se mofa de nuestras miserias; me hará dar razón, y á fin de aprovechar nuestros dulces deseados, voy á prepararme para inspeccionar la chimenea. — Un momento, repuso el abogado, este mandato diabólico está anotado: *Hoy 1.º de Enero la enja se cierra á las diez; entre paréntesis: ¡La fé es la que salva!*

Mientras el estudiante de medicina se disponía á subir por el ahumado cañño de la chimenea, el abogado en ciencias dando un puntapié á la esponja y cogiendo la gorra, tomó el trote y se presentó antes de las diez en la casa de Lafitte; el cajero estaba de guardia. — ¡Paga usted esto? preguntó con desenvoltura el estudiante. — ¡Hay aviso y fondo, respondió el cajero, despachémonos, porque hoy es fiesta. — Espíqueme usted... — Nada tengo que decir, sino que estoy pronto á pagar en plata, en billetes de banco, hasta en oro, si usted lo exige. — Estoy por el oro, respondió el estudiante. Al instante le fueron contados los cincuenta luises, y al recibirlos le temblaba la mano, como si estuviese azogado. Corrió flechado á su casa, y encontró al amigo de un humor pésimo, negro de hollín y de desolladuras, jurando como un desdichado, porque en poco estuvo que no reventara en el conducto de la chimenea, que ciertamente era demasiado estrecho para un limpia-chimeneas de su especie y corpulencia.

Después que hubo visto bien y palpado mejor las monedillas de oro, que se obstinaba en creer que eran flechas de metal, prestó al fin crédito, y su alma y sus ojos se dilataron.

— ¡Esto, amigo mío, parece muy positivo!... — Bien se deja conocer, respondió el compañero, el Padrino sin duda no tenía moneda, y nos ha dado un bono contra su banquero. En este momento llamaron á la puerta: el oro se ocultó al momento, y los jóvenes abrieron la puerta, y se encontraron con el mayordomo, vestido de gala, que iba á felicitarles por el año nuevo, y á convidarles de parte del príncipe á comer con él aquel mismo día. Cien observaciones que les facilitaba su mal guarda-ropa, lo poco acostumbrados que estaban á la sociedad, algunos compromisos anteriores y otras razones improvisadas é incoherentes, nada sirvieron, porque el príncipe quería á toda costa comer solo con ellos. Después de mil evasivas, y de una resistencia obstinada, el mayordomo ganó su pleito, y á eso de las cinco los dos estudiantes, vestidos de fiesta, se presentaron en los estrados del príncipe.

Habia éste determinado estar muy amable; la comida fué alegre, el misterio que estaba bastante claro se descubrió completamente durante los postres. Era el príncipe de Ghe... un astrónomo distinguido, y había hecho construir un elevado mirador de hierro, cerrado con cristales, en el cual había establecido su observatorio, y se subía á él desde su habitación por una escalera de caracol, de la que nadie más que él se servía. Una estufa dispuesta científicamente comunicaba á aquella elevación una temperatura, que permitía pasar allí las noches de invierno sin sentir el frío.

Por una mera é imprevisita casualidad, los lobos calvelleros y los conductos respiratorios inmediatos del cañño de la chimenea contigua, habían establecido de arriba-abajo una comunicación sésica, que hacia que el príncipe fuese confidente involuntario de los dos estudiantes, cuantas veces estos se arrojaban á las máspales altísimas.

Cediendo el príncipe á la complacencia de satisfacer un voto tan justamente motivado, habia puesto un bono en una esponja, que por incidencia cayera bajo su mano, la cual por sus condiciones podía recibir haber ruido, y encontró el medio de Guaría á tiempo y en paraje á propósito, y de prevenir oportunamente al cajero como se ha visto.

Tuvo el talento de hacerse perdonar su liberalidad algo atrevida; pero tanta fué su amabilidad en ofrecer su protección, que no hubo necesidad de resistir. Los dos amigos comen hoy en el mundo calle por calle muy elevados y distinguidos, que sin duda deben á su

como también al favor constante del Padrino Nómén que tan oportunamente intervino.

MARTIN REY.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

(Conclusión.)

—Tú no irás mas allá, Juan, ó bien haremos el viaje juntos; dejarte por una hora, es superior á mis fuerzas, y comprendo que careces de ellas lejos de mí... El odio del hombre concluye, solo nuestro amor es eterno aquí abajo. Si, Juan mío, velaremos por nuestro querido hijo y el día que digamos adios á la vida, señalaremos con el dedo á nuestros hijos el camino que hemos seguido para venir de Quito hasta aquí. El hijo plantará una cruz en nuestro único sepulcro, y mostrándosela á españoles y curacas, los contará nuestro infortunio con una elocuencia filial tan persuasiva, que le perdonarán su nacimiento y sus lágrimas.

—¿Qué triste porvenir te he abierto, amiga mía! exclamó Torrijos golpeándose la frente con violencia, perdona mi amor, que solo he consultado su interés en esta resolución. Tú me has enseñado, Kalida, que la vida de aquel que ama, se encierra entera en la mujer amada. Un pensamiento tuyo vale mas que todos los que entierra mi cabeza y mi corazón, y si algun día...

—Calla, calla! dijo la peruana, medio levantándose; ¿no has oído un suspiro, un quejido?

—Lo creo, lo temo...

—Tú ves, pues, que todo ser viviente es nuestro enemigo, puesto que lo tememos!

—Yo no temo sino por tí.

—¿Somos dos desde que nos conocemos? dijo Kalida sintiéndose madre y esposa á la vez. Un peligro nos amenaza, lo veo, vamos hácia él, Torrijos, afrontémoslo unidos el uno con el otro. Ven, ven...

Una Peña enorme, en cuyas endaduras se veían vigorosas lianas, semejantes á serpientes dormidas, separaba á nuestros amantes del punto de donde creían que había partido el ruido: con el puñal en la mano, avanzan con precaución, pasos mesurados, ojo inquieto y mirada atenta.

¡Era un jaguar acurrucado junto á su hembra muerta!

Kalida cayó de rodillas y palideció. Iba á ser madre: la sorpresa, el espanto apresuraban el momento de librar; pero valerosa consigo, temblando por su hijo, resistía al dolor, y no exhalaba un quejido; mientras que Torrijos, sin atreverse á preguntarla, la sostenía con el brazo izquierdo, siguiendo con mirada amenazadora la mirada suplicante del jaguar, tendido sobre el cadáver de su compañera.

Si el tigre real tiene su temida, el jaguar de América también la tiene, y el cuadrúpedo muerto casi de hambre, no había querido ir á buscar lejos víveres, que no podía partir con la compañera de sus devastaciones. El aguardaba la muerte, y delante de él, á pocos pasos, un niño recibía la vida.

¿Qué hacer?

El sol había recorrido la mitad de su carrera; Kalida, casi sin fuerza, apenas se sostenía, y el jaguar, cuyo fatal instinto podía despertarse pronto ó tarde, no permitía la indecisión en el ánimo del español.

—No te muevas, dijo á la peruana, uno de los cuatro sobra, déjanme matar al tigre, y despues, yo tengo bastante fuerza para llevarte á tí y á tu hijo hasta nuestra cabaña, no te muevas.

Y marchaba con la daga en una mano, y la pistola en la otra.

—Parece que pido misericordia, dijo Kalida con voz apenas inteligible, no lo mates, sulfre, y ádecías, si tú sucumbes, la madre y el hijo morirán sin sepultura.

Torrijos aspiraba ya el aliento fúido del jaguar, apenas estaba á cuatro pasos de él, apunta, y va á hacer partir el tiro. La bestia feróz se echa y aguarda. El español ha visto la herida de bala que ha causado la muerte á la hembra del jaguar, aparta la puertería, los compañeros de Pizarro no pueden estar lejos, el silencio, pues, y el aislamiento pueden solo salvar á Kalida y á Torrijos, permitiéndoles retroceder.

—Valor, amiga, valor, le dijo, el jaguar no es nuestro mas temible enemigo, valor, noble hija de los Incas, ó caemos bajo los golpes de nuestros opresores.

Era preciso alejarse de aquel campo de batalla, que iba tal vez á convertirse en campo mortal. Torrijos cogió en brazos á la peruana, y siguió lentamente el sendero que habían atravesado por la mañana; pero la energía del hombre tiene límites. El infeliz se vió obligado á detenerse no lejos del jaguar abandonado: hizo con la capa una cama, donde colocó á Kalida y su hijo, y aguardó que la noche e-trillada del vértice, pasara para volver al risueño valle.

La fatiga lo adormeció; su compañera dormía á su lado. Al despertarse, eran cuatro bajo la roca protectora. Parecido á un dogo demies-ticado, el jaguar agradecido, había seguido al español, y había venido á tenderse junto á él.

—Ya lo ves, dijo Kalida sin turbarse al abrir los ojos, la generosidad de amigos; este tigre no tiene dientes ni uñas contra nosotros, tiene un corazón. Levantémoslo, y si nos acompaña, h no venido sea.

Los dos pobres desterrados se pusieron en marcha, y el jaguar los siguió como un perro dócil. Apenas habían dado la vuelta á la Peña que les servió de abrigo, cuando el fogoso cuadrúpedo brincó y rugió á la vez. Araña la tierra, agita la cola, roge y pasea su lengua áspera y escarnada alrededor de los labios febrilmente contraídos: sus ojos, antes apagados y frios, lanzan vivas centellas, y parece que buscan un enemigo á quien devorar. Torrijos se puso en adaman de matarlo.

—¡Deleste de nuevo, le dijo Kalida, el jaguar no está rabioso contra nosotros; su rabia nos protege, mira, mira, nos persiguen.

Un ruido sordo y prolongado, semejante á la voz de lejanas cataratas, llegó hasta los fugitivos. Torrijos, sin volver á pensar en la rabia del jaguar, se dirigió á un montecillo, desde el cual podía examinar el terreno.



(Aventuras de un loco coronado.)

—¡Allí están, griló, allí están! son los españoles, nuestros enemigos; se dispersan, nos han visto, han visto al tigre, y lo dejarán por nosotros... Ven, Kalida, no les denos el placer de matarnos; los conozco, la tortura precede la muerte.

—A los ojos de tu Dios y á los del mío, el suicidio es un crimen, dijo la peruana con voz zumbas; la tortura es el martirio, y el martirio da el cielo.

—¡Buena! sea, dijo Torrijos precipitando la marcha de su desgraciada compañera. Busquemos un asilo en el que nuestros enemigos no puedan alcanzarnos; subámos á la cima mas escarpada que nos domina; quizás nuestras divinidades reunidas nos librarán del peligro que nos amenaza.

Kalida siguió á Torrijos, y como si Dios los hubiera oído, descubrieron cerca de ellos, sobre su cabeza, la abertura de una gruta, donde segun las apariencias, no vendrían á bucearlos.

¡Ah! ¿quién puede sondar los decretos del Eterno!

El jaguar, por su parte, no abandonaba su puesto, y siguió con su pupila amarilla los movimientos de los españoles, próximos ya al cuadrúpedo herido por ellos.

—Una bala silba, y se aplasta en la roca, que sirve de muro á la mansion de Torrijos y Kalida. Toda resistencia es imposible: levantan los ojos al cielo, y se deslizan encorvándose dentro de la gruta misteriosa.

Nuevos tiros de fusil se oyen: el enemigo no está lejos; el jaguar lo espera.

Mientras que los jinetes buscan fácil paso para sus caballos, no acostumbrados á tan difíciles ascensiones, algunos ágiles peones trepan por las agudas peñas de la montaña, y llegan cerca de la bestia feroz. Lo que el águila no hubiera hecho por él, lo hace por los que lo han protegido. Sin atender al peligro, sin contar el número de los enemigos, se lanza sobre el más temerario de los españoles, y rueda con él sobre el césped mezclado de abrojos. Ya hay un adversario menos: una presión de la quijada le ha quebrantado el cráneo y como el olor de la sangre estimula al coadivante por otra vez, y se encuentra en presencia de dos combatientes unidos para luchar: una bala silba; la espalda del jaguar la recibe; el cazador es derribado igualmente, y cuando el cuarto enemigo se presenta, el tercero no puede ya serle útil, porque su cuerpo no tiene movimiento, y la sangre corre por veinte heridas. La fiereza aparta la vista de un peruano que habita basca entonces guiado la marcha de los vencedores; el animal se dispone á saltar de nuevo pero otra bala le entra por el pescozo, y lo derriba en tierra; se agita, ruga, hace un esfuerzo para volver á vengarse, sus músculos se distienden, anda hácia atrás, y va por instinto, sino por gratitud, á ponerse á la defensiva ante la gruta de Torrijos y de Kalida, ¡y allí espira!

Los españoles lo han seguido. Sus enemigos no tienen escape, las pisadas de los fugitivos han quedado señaladas en la tierra húmeda; allí están, y si su energía los tiene allí cautivos, quizás pasarán siglos sin que se encuentren sus huesos embalsamados.

—Os hemos seguido, gritó un soldado con voz estentórea; Pizarro os perdonará: venid, ó no volveréis á ver la luz.

El silencio respondió á la amenaza repetida del soldado, y pronto, como la noche avanzase, como el sol bañaba solo la cima de las montañas con sus pálidos rayos, como los gineces no podían llegar hasta allí, una vez satisfecha su venganza, los españoles, dóciles á las órdenes de sus jefes, hicieron rodar algunas peñas, y las colocaron, obstruyéndola delante de la boca de la cueva.

—Esta es vuestra tumba, dijo una voz solemne.

—Aceptamos nuestra tumba, respondió una voz lúgubre.

Y el silencio se extendió por la montaña, y no se oyó ni el paso de los caballos, ni el rugido lastimero del tigre, ni el último suspiro de los cautivos.

Hoy, cuando el hombre estudioso visita estas comarcas desiertas, ve con estupor profundo, en la falda del Capatío, rocas sólidas representando, como el pincel del estatuero, cabezas, brazos torcos, los unos junto á los otros; además formas humanas esparcidas por el suelo, semejantes á las estúrges salmarias, que la ciencia descubre en la arena, cerca de las ruinas de Méfia en la tumba.

Y ahora, armados de valor, si queréis ver sin emoción aquí, cerca de vosotros, en el curioso gabinete de historia natural del Museo el grupo tan dramático que os señalo con el dedo.

Un hombre, una mujer, amarillos como pergamino viejo, desplomados sobre sí mismo, aquel con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre la mano; esta con la roja y negra caballera que arrastra por el suelo, extendiendo los brazos para proteger un niño, cuyas ternas carnes no han podido resistir al roce del tiempo, pero que ha dejado impresa en su señal, en el costado consumido de su desgraciada madre.

¡Cuánto dolor en estas dos figuras sin movimiento! El hombre, la sed, el tormento de un impotente alivio del objeto amado; la desesperación comprimida, el heroísmo del sacrificio, la más santa ternura maternal, el más celestial martirio... Los dientes son hermosos, brillantes... había juventud; los músculos se marcan perfectamente... había en ellos fuerza y una naturaleza privilegiada.

Poned el dedo en esta hija de los Inca; tocad con la mano el ancho pecho español; allí debajo han latido, hace siglos, corazones enérgicos, que solo pudo herir la nieve amontonada del Capatío.

¡Paz á Torrijos! ¡paz á Kalida!

F. B.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONAHO.

(Continúa.)

—Es que cuando se tiene un ejército de ochenta mil hombres bajo las murallas de Narva no se le deja como él acaba de hacer hace veinte y cuatro horas.

—¿Quién te ha dicho eso? gritó el extranjero alto enderezándose en toda la elevación de su talla.

—¿Qué Pedro Alexówitz no está con su ejército? exclamó casi con la misma energía Carlos XII.

El compañero del extranjero alto, había palidecido y perdido su serenidad á pesar de la cantidad de aguardiente que había bebido.

—¿Qué nos importa á los cuatro, añadió sin embargo, que Pedro Alexówitz haya dejado ó no su ejército?

—Al hecho! qué nos importa, repuso el leñador, mas y mas convencido de que aquellas gentes tanto eran mercaderes como él leñador.

—¿Hi ha dejado su ejército, murmuraba Carlos XII riendo en su rincón de la chimenea y calentando la suela de las botas.

—Un ejército de ochenta mil hombres volvió á decir el leñador.

—Pero se dice, repuso el extranjero, arrojando un vaso de aguardiente á sus pies á fin de impedir que se viese la expresión convulsiva de su semblante, que no le ha dejado mas que para ponerse á la cabeza de otro cuerpo de ejército de cuarenta mil hombres.

—¿Qué repuso Carlos XII volviendo un poco su rostro del fuego! ¿no tenía bastante con ochenta mil hombres y necesita aun cuarenta mil para batirse con un ejército seis veces menos fuerte que el suyo?

—Vamos! decididamente tiene miedo á Carlos XII, dijo el leñador examinando el rostro de los cuatro huéspedes.

¡Miedo! exclamaron á la vez los dos extranjeros que habían bebido aguardiente. Has mentido!... P...

—Pues hial será por exceso de valor, si queréis, el que se vaya la vispa á del día en que su ejército debe dar la batalla....

—¿Quién te ha dicho, dijo Carlos XII al leñador, que el Czar ha partido y dejado su ejército?... ¿Las pruebas?...

—Me preguntáis mucho, huéspedes míos....

—Si te abrigase á responder gritó el extranjero dando un puñetazo sobre la mesa que le hendió en toda su longitud.

—Me abrigarais en ese caso á hacer oposiciones.

Hubo un silencio general en la cabaña.

—Escucha, dijo en seguida Carlos XII al leñador dulcificando mucho su voz.... Tengo algun interés en esta guerra.... aquí tienes una moneda de oro y dime.... qué hay de verdad en lo que nos has dicho... puedes hablar de este de estas gentes que son como nosotros mercaderes alemanes....

El leñador que estaba muy lejos de creer que aquellos fuesen mercaderes alemanes, aparentó no haber oido la proposición.

—He aquí otras diez monedas de oro... ¿hablarás?

El mismo silencio por parte del leñador que se convenció mas que nunca de que aquellos no eran mercaderes.

—Te doy ciento, exclamó Carlos XII, que estaba mas interesado que nadie en saber si era verdad ó no que Pedro, su rival, hubiese dejado su ejército la víspera del combate.

—Cien monedas de oro, pensó el leñador, no me equivocabas: tan o con ellos comerciantes como yo....

—Doseientas, añadió Carlos XII.

El leñador sonreía.

—Mil, replicó Carlos XII.

—Al fin qué os importa? preguntó el extranjero á Carlos XII cuando le vió pagar de aquella manera exorbitante.

—Y á vos.

—A mí!

—Si.

—Mirad, dijo el leñador mirándoles á los dos de lado.

—Ahora sé quiénes sois uno y otro.

Los cuatro extranjeros con un mismo movimiento llevaron precipitadamente sus manos á su cintura para coger sus pistolas.

—¿Queréis que os lo diga?

No, respondieron al mismo tiempo Reginoid y el compañero del extranjero alto, mientras que éste y Carlos XII guardaban silencio; no, es inútil.

—¿Por qué? exclamó Carlos XII, volviéndose contra la puerta pronto en todo caso á hacer frente al peligro de una revelación que iba á descubrir á dos partidarios encarnizados y singularmente vigorosos de Pedro Alexówitz.

Quiero hablar respondió el leñador que había saltado tambien sobre su hacha; pero vos me habéis prometido mil monedas de oro.

Y designaba á Carlos XII.

—La tendréis, respondió éste.

—¿Quién me responde de ello?

—Mi palabra.

—¿Palabra de comerciante?

—No.

—¿De qué?

Carlos XII, despues de haber permanecido un instante como cortado, replicó, metiendo la mano en lo que él creía el bolsillo de su traje: Toma, ahí tienes por lo pronto mi bolsa.

Un retrato rodeado con un círculo de diamantes, rodó por el suelo.

Bajóse el leñador para recogerlo.

Cárls XII, en vez de arrojar su bolsa había cogido en el bolsillo de su casaca de Reginald que él llevaba, el palmer objeto que le había venido á la mano.

Su sorpresa lo descubrió; su prudencia no estuvo bastante pronta para impedirle esclamar:

—El retrato de la condesa de Koenigsmark!

—De la condesa de Koenigsmark; repitió el extranjero acercándose al falso leñador, que examinaba el retrato á la vacillante luz de la lámpara.

—Cuando yo le creía en el fondo del Báltico! pensó Cárls XII. ¿Qué quiere decir?...

Reginald hubiera querido estar en el fondo de aquel mar borrascoso.

Y las otras cuatro personas que ocupaban la cabaña miraron con sentimientos muy diversos aquella imagen que tenia en sus manos el leñador.

El primero que rompió el silencio despues de aquella larga contemplación fué el extranjero alto.

—Ese retrato, dijo, no es seguramente de la condesa de Koenigsmark.

—Os equivocais, replicó Cárls XII; ese retrato es el mío.

—Algunas apariencias falsas de semejanza tal vez; pero no es ella.

—Yo afirmo que es ella, dijo Cárls XII.

—Yo afirmo lo contrario, sostuvo el extranjero.

—Yo la conozco, añadió el rey de Suecia.

—También la conozco yo, caballero.

—No tanto como yo.

—Mas que vos, caballero.

—Amigo, dijo Cárls XII á Reginald, con una sonrisa que parecia decir: las esplicaciones entre nosotros vendrán mas tarde: atestigüa que ese retrato es el de la condesa de Koenigsmark.

—Lo atestigüo por la salvacion de mi alma.

—Pues bien: vuestra alma no gustará las dulzuras de la salvacion, porque yo sostengo contra vos, como he sostenido contra este caballero, que ese retrato no es el de la condesa de Koenigsmark.

—Pues si tiene el mayor parecido; protestó Reginald.

—Es que entonces, prosiguió el extranjero, se parece á alguna otra persona mas que á la condesa de Koenigsmark.

—No se parece mas que á ella sola, y cuando mi compañero y yo lo afirmamos contra vos, que no tenéis mas que vuestra opinion aislada, deberíais callaros y adheriros á nuestra opinion.

—Ni lo uno ni lo otro; objetó el extranjero, poco dispuesto á hacer aquellas dos concesiones: váis á ver por lo pronto que mi opinion no es aislada, camarada.

Y se dirigió á aquel que habia preparado los pasteles.

—Camarada, con la mano sobre vuestra conciencia, decid quién de nosotros tiene razon.

—Vos. Ese rostro no fué nunca el de la condesa de Koenigsmark lo juro.

Cárls XII y Reginald se miraron. Ante aquellos dos testimonios tan firmemente sostenidos, comenzaban á sentirse un poco desconcertados. Sin embargo, nunca se resignaron á creer que aquel retrato, cuya semejanza le era dudosa, no fuese otro que el de la condesa de Koenigsmark.

—Pues bien, camarada, ¿estais convencidos ahora? preguntó el extranjero á Cárls XII y á Reginald.

—No; no lo esaremos jamás, porque ¿quién habia de ser esa mujer?

—Lo ignoramos.

—¿Cómo se llama?

—Como os agrade, excepto condesa de Koenigsmark.

Al fin y al cabo no somos mas que dos, contra dos, añadió Cárls XII, que queria pruebas y que no las aceptaba.

—Tres contra dos, dijo entonces el leñador, que hasta entonces no habia tomado parte en la discusion.

—¿Y á qué partido pertenecéis tú? preguntó Cárls XII.

—Contra vos.

—Qué, ¿tú sostienes tambien?...

—Que este retrato no es el de la condesa de Koenigsmark, y que es ignorancia ó locura pretenderlo.

—Pero tú la conoces? preguntó Cárls XII al leñador.

—Sí.

—Pero cómo?

—¿Qué os importa? respondió el falso leñador, poniendo el retrato en el bolsillo.

Arrancósele Reginald de las manos... y lo devolvió al rey.

—Se me ha dado por mil monedas de oro, dijo el leñador.

—Aquí las tienes, dijo Reginald.

—A las mil maravillas.

—Ahora váis á hablar, añadió Cárls XII, que mas pronto volveria de la muerte que de una temeridad. Por otra parte, aun cuando le importase mas que nunca saber si Pedro Alexiowitch habia ó no dejado su ejército, deseaba mucho conocer quién era aquel hombre, tan instruido en las cosas del mundo en medio de sus bosque.

—Habla ó cuenta con un pistoletazo en la cabeza, si no hablas.

—Pues bien, voy á deciros quiénes sois todos cuatro.

—Hablaré.

—Pues bien, sois... cuatro espías... vosotros dos, espías de Pedro de Rusia; vosotros dos, de Cárls XII.

—No sabemos nada, pensaron los cuatro extranjeros.

—¿Es eso? preguntó en seguida el espía.

Las dos espías guardaron silencio.

—Y tú, ¿quién eres? preguntaron á la vez Cárls XII y el extranjero de elevada estatura, al leñador, cogiéndole vigorosamente por los hombros y levantándole como para aplastarle.

—Ya os lo he dicho: un leñador.

—Mientes!..

—Silvatos gritaron á la vez en aquel momento Reginald y el compañero del que estrechaba al leñador.

—Esta cabaña arde... mirad!..

El extranjero y Cárls XII, saltando al leñador, se vieron en efecto obligados bien pronto á pensar en su salvacion. El fuego estaba en la cueva de la cabaña, y las llamas penetraban ya el piso. El espía habia abrasado los toneles de aguardiente que se encontraban allí para consumir en pocos minutos el observatorio donde habia establecido su espionaje.

—A caballo, gritó Cárls XII á Reginald.

—A caballo, dijo el extranjero á su compañero.

Todos cuatro se lanzaron á través de la floresta en dos direcciones opuestas.

A la luz del incendio escribió el espía con lápiz sobre un papel: «Señora, el rey de Suecia y el Czar de Moscovia, acompañado el primero de Reginald, y el segundo del general Menzicoff, han pasado una parte de la noche en mi cabaña. El Czar teme encontrarse en la batalla bajo los muros de Narva, y el rey Cárls XII, vá á presentarla con menos de 15,000 hombres contra 80,000.»

Puso el espía en seguida lo que habia escrito en el agujero de un árbol, dió un silbido y desapareció en lo mas espeso del bosque.

CAPITULO IX.

LOS DOS PRISIONEROS.

Despues de muchas carreras peligrosas en la floresta de Peipar, Cárls XII y su compañero Reginald se reunieron al ejército sueco muy inquieto por su suerte. La presencia del rey era tanto mas deseada de las tropas y de los generales, cuanto que el Czar de Moscovia atacaba á la ciudad de Narva con mas de ciento veinte mil hombres. Treinta mil estaban colocados á una legua de la ciudad, obstruian mas lejos el camino al rey de Suecia. La vanguardia moscovita no contaba menos de cinco mil hombres. Añadió un campamento de mas de ochenta mil hombres. Cárls XII, sin tomarse siquiera tiempo para reunir su ejército nuevo ó diez veces menor en número, avanzó con cuatro mil peones y cuatro mil caballos solamente. Vé con que fuerzas tan formidables tiene que habérselas.

Otro hubiera renunciado á medirse con semejante ejército; hubiera buscado su salvacion en una retirada prudente; él ordena el ataque; destruye los cinco mil hombres de la vanguardia; arroja los veinte mil que huyen hacia el campamento, y llevan á él el espanto; preséntales delante del campamento de sus ochenta mil hombres con sus cuatro mil ginetes y sus cuatro mil peones, llenos de fatiga y heridos la mayor parte, á pesar de su bravura, ó mas bien, á causa de su increíble bravura. Uno de sus oficiales le dijo como peligroso era combatir con probabilidades tan desiguales, y le respondió: «Que, ¿dudáis que con mis ocho mil bravos suecos no paso por encima del cuerpo de ochenta mil moscovitas? En seguida, arrepiñtándose de aquellas palabras un poco fanfarrónas, se apresuró á añadir: no sois, pues, de mi opinion? ¿no tengo dos ventajas sobre los enemigos? la una, que la caballería no podrá servirlos; y la otra, que siendo el lugar estrecho, su gran número no hará mas que incomodarlos. Así que en realidad, será mas fuerte que ellos.»

Ordenó, pues, el ataque; la señal era dos cohetes, y la palabra de órden en alemán, con la ayuda de Dios.

Olivdaba Cárls XII la tercera ventaja al medirse con aquel ejército que renovaba los de la antigüedad; olivdaba la nieve que caia en abundancia, y daba en la espalda á sus tropas, y el viento, al dirigirse á él, le enviaba al rostro de los rusos, que se encontraban ciegos con ella.

Se batieron furiosamente en medio de aquel torbellino, á través de

que pateaban, marchaban, tropezaban caballos, soldados, batas, de cañon y bombas. Una bala fria hirió al rey en el cuello, arrancóle los pliegues de su corvata, he iba á desizirla en el pecho, cuando su caballo fué muerto.

—Señor, tomad el mio, le dijo Reginold.

Saltó el rey sobre aquel caballo de refresco, y dijo riendo á Reginold.

—Te doy esta bala en pago.

Pero en el instante mismo, diez dragones rusos penetran por en tre la confusion, y creyendo llevarse á Carlos XII, se apoderaron de Reginold. Engañados por la sencillez de su traje, le habian confundido con el rey, cuya apariencia, mas que senalla, le designaba tanto y mas que un brillante penacho.

A pistoletazos y sablazos rompe el rey el círculo que se había formado en torno de su favorito; á quien se lleva, mata, separa, hiere; por fin consigue salvar á Reginold. La batalla de Narva duró tres horas. Ocho mil rusos vencieron aquel dia á mas de cien mil rusos mandados por un aleman, el duque de Crj. Es verdad que á los suecos los conducia un loco, y que aquel dia nevaba.

Hé ahí cómo suceden las grandes cosas y cómo se cumplen los mas grandes acontecimientos del mundo.

La historia no ha explicado nunca de una manera satisfactoria la ausencia del Czar de aquella batalla, una de las mas considerables de los tiempos modernos.

La victoria de Narva fué cien veces mas gloriosa para Carlos XII que la bajada á Dinamarca. ¡Haber hecho rendir las armas á mas de cien mil hombres!

Carlos XII, rey guerrero como era, quiso pasar la noche bajo su tienda, aunque el frio se hizo muy vivo á causa de la gran cantidad de nieve que había caido. Hubiera podido entrar en Narva libertada por él, y donde le aguardaba para bendecirle una poblacion exaltada. Prefirió su tienda. Esto, además, pensaba él que era propio de un buen general, el no abandonar tan pronto el campo de batalla ¡Cuántas victorias, por haber querido gozar de ellas demasiado pronto; no han sido seguidas de derrotas! Envuelto en la capa de guerra, se tendió sobre algunas pieles estendidas en el suelo, y despues de haber felicitado á sus principales oficiales Reuschild, Milius, Eric, jóvenes á quienes educaba en su ruda escuela, retuvo cerca de sí á Reginold. Cuando estuvieron solos, le dijo:

(Continuará.)

A UNAS FLORES MARCHITAS.

RECUERDOS DE ELISA.

ROMANCE.

Floreillas, que habeis sido gala del vergel un dia, y hoy confidentes discretos de mi amor y mis desdichas: por Dios que mucho me duele el contemplaros marchitas; pues sois en mi pensamiento dulces memorias de Elisa.

Prendas del amor ardiente que alimenta el alma mia, y aunque de esperanza falto, eterno en ella se anida, compañeras de mi pena, venid conmigo á pararla, recordándome en su ausencia la hermosa imágen de Elisa.

Menos bellas que mi amada, pero menos que ella esquivas, no os negueis, marchitas flores, á mis amantes caricias: dejad que os diga el secreto que nunca osaré decirla, que púes bellezas son flores, miro en vosotras á Elisa.

Venid, flores, á acordarme su belleza peregrina, la puzura de su acento, de sus labios la sonrisa, y aquella hermosa mirada, que ora tierna y ora altiva, un cielo de dicha y gloria pinta en los ojos de Elisa.

Símbolos de mi esperanza, y de mi dolor amigas, no os apartéis de mi pecho, aromosas florecillas, ni recordeis los vergeles, cuya espesura florida, os criará para ofrenda á la hermosura de Elisa.

Ni la aurora en que os abristeis á su tibia luz benigna, que en el vergel de mi pecho, aunque secas y marchitas, por mi mano cultivadas, vivireis lo que yo viva; pues solo podrá la muerte borrar de mi seno á Elisa.

Ni la gota del rocío, que os bañaba fresca y límpida, ni el aurá de la mañana, que vuestro tallo macla, lloreis, flores, pues os riegan las tiernas lágrimas mías, tristes lágrimas que vierto al verme ausente de Elisa.

Ni los brillantes matizes que vuestras hojas tenían, ni vuestras suaves esencias lloreis, flores, por perdidas; que en vosotras bebo el ambar, y admiro las frescas tintas, que os dejaron al tocaros las bellas manos de Elisa.

Acompañadme en mi duelo, inocentes florecillas, y no os quejéis por miraros cuál mi corazon marchitas; que, aunque muertas, en mi pecho gozareis de eterna vida, pues que yo viva es forzoso para adorar á mi Elisa.

F. JAVIER SIMONET.

Madrid.—Febrero de 1854.

EL MINISTRO.

FABULA

TRADUCIDA DEL ALEMÁN.

Eligió ministro
El Leon al Toro
Y se alborotaron
Sus vasallos todos.
Ese, le gritaban,
Perderá tu trozo:
Teme los errores
De un ministro loco.
Bien, dijo el monarca:
Elegid vosotros:
El que se me indique,
Desde luego tomo.
Ya, le replicaron
Los del alboroto.
Ya te le daremos
Adecuado y propio.
Júntase la turba,
Trátase el negocio,
Y un propuesto logra
General el voto,
Y era el favorito
Del congreso docto
Ha horrible tuerlo,
Matalon y cojo.

J. E. HARTZENBUSCH.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Pintoresco Español, á cargo de D. G. Alhambra.